daba á un lado, tras de su mostrador, defendida por trincheras de copas de cristal y cafeteras de *christofle*, repartiendo promesas, *brandies*, risas y cigarros de Manila á los elegantes que la asediaban. El final del espectáculo me agradó bastante por su significación; es sabido que todas las diversiones en el Reino Unido terminan con el himno *God save the queen*, que los concurrentes de ambos sexos escuchan de pie, descubiertos, respetuosos. Y aquello resulta grande, conmueve, lo obliga á uno á descubrirse también, á envidiar á la soberana que allá en su castillo, cuenta con una manifestación tan espontánea, tan general y tan significativa; que su pueblo, liberal por esencia, le consagra diariamente un saludo, la ama á distancia, sin conocerla quizá, sin distinción de partidos ni de posición social.

Lo que ofende de Londres es el soberano desprecio con que en algunas cosas se diferencia de las demás capitales del mundo. Tomé un *cab* cierta tarde y mandé al cochero que me llevara al *Hyde Park;* el cochero movió la cabeza sin replicar, pero yo lo atribuí á la distancia que del parque nos separaba y me apoyé en la especie de balcón que se forma en los *cabs* al cerrar sus puertas, para disfrutar del panorama.

En la reja del parque un guardián nos detuvo:

—¿Ha olvidado usted que ustedes no pueden entrar? — le gritó á mi auriga.

—¿Que no podemos entrar?... le pregunté azorado — ¿y por qué?...

— Porque aquí no entran más que los carruajes particulares, á los de alquiler les está prohibido.

—¿Y qué hago entonces para conocer el parque?...

— Conocerlo á pie ó no conocerlo — concluyó retirándose con un desdén supremo.

No hubo remedio, me apée humildemente, procurando masticar las risas de los ociosos que se nos habían agrupado, recomendé al cochero que me esperara en algún sitio permitido y penetré en el parque, que es una maravilla; casi me hizo olvidar la humillación acabada de sufrir. Sobre todo, los trenes que lo recorren dos ó tres horas todas las tardes, son la penúltima palabra de la suntuosidad. Qué coches, qué caballos, qué cocheros y qué lacayos! Éstos, muy especialmente, van elegantísimos; deslumbrante la camisa, el frac bien cortado, afeitada la cara, una rosa en el ojal, altivos, dejando asomar apenas su origen canalla, seguros de su éxito con sus amas. El verlos me explicó esa epidemia que ataca á varias

señoras y señoritas inglesas de fugarse con ellos para darse un hartazgo de hombre. Cuando en los diarios se leen semejantes cosas resístese uno á creerlas, mas al mirarlos en su actitud y en su medio, las dudas se van y la convicción es plena; así tienen que ser las golosinas de una raza nutrida con *roast beef* y á la que sobran glóbulos rojos en la sangre.

Inglaterra es la primera nación del mundo en todos sentidos; es la más rica y la más pobre; la de más virtudes y la de más vicios; la que ha elevado el hogar á una santa altura y la que permite una prostitución callejera desenfrenada y cínica; la que ha producido la mejor poesía y la que incuba la peor *prosa;* la que tiene más beneficencia y la que tiene más desventurados; en ella todo es grande. Hay cuadros en Londres que se miran una vez y no han de olvidarse nunca, nó, aunque transcurran muchos años. Lo digo porque yo ví uno horrible que no es fácil que olvide

Salía del teatro y entré en una taberna céntrica, con cristales grabados y luces múltiples; hacía frío y había llovido. La taberna estaba concurrida, los taberneros de blanco, los barriles barnizados, sus llaves niqueladas; el mostrador terso,

con rebanadas de jamón, de pan, y granos de café tostado en platos de porcelana. Pedí cerveza. Junto al mostrador, un círculo de hombres mal vestidos, con caras de criminales hereditarios, conversaban sin soltar la pipa de la boca, en voz desapacible, la mirada opaca; en un rincón, un grupo de viejas cubiertas de trajes negros, un gorro en la cabeza, apuraban aguardiente en un vaso de estaño que se alargaban una á otra y del que bebían unos minutos, como sedientas de olvido; entre ellas hallábase una chiquilla que lo mismo podía tener quince años que veinte; muy rubio, casi rojo el cabello, muy flaca, mirando sin ver, la cabeza apoyada en la pared, un aspecto de insensible y de embrutecida que cogía el alma. De cuando en cuando, entraba otro consumidor, de sombrero de seda, de abrigo; ordenaba algo, lo bebía, se marchaba, y las puertas del establecimiento, de resorte automático, se abrían y se cerraban varias veces, sin ruído, cual si fluctuaran entre la calle y la taberna. Observaron las viejas que yo las observaba y aleccionaron á la muchacha, le hablaban en la oreja, la tiraron de los brazos, hasta que se levantó y vacilante, pálida, se llegó á mí con un descaro de enferma y una voz de alcohólica.

— ¿Nos convida vd. á algo?...

El tabernero me comía á señas de que nó, que no les hiciera caso, pero la muchacha me interesaba, parecíame que iba á aliviar una agonía, y las convidé á lo que quisieran, á su eterna ginebra. De pronto, un acceso de tos le coloreó el rostro; una tos seca, de las que desgarran el pecho, tos de tísica, que sonaba á muerte prematura, por envenenamiento; que la condenaba á agonizar en las calles, debajo de un puente, sola, sin más parientes que el vicio y el hambre; que la condenaba á no tener flores en su tumba, á ser arrojada en la fosa común. Su tos me estremecía, me hizo daño; aún la oigo algunas noches al caminar á pie por las calles solitarias. Pagué y salí; habría dado veinte pasos cuando me detuvo la tísica de la taberna; imaginé á lo que iría y preparé cinco chelines.

— ¿Quiere vd. hacerme un favor muy grande, pero muy grande?...

— Sí, guarde vd. eso — y le tendí las monedas.

— Nó — me contestó enfadada — ¿quiere vd. darme un beso?...

No sé qué expresión le descubrí en los ojos ¿sería la borrachera, la brillantez de la tisis ó una

secreta necesidad de cariño? El caso es que, venciendo mis ascos, le dí de prisa el beso que me pedía, en su boca desdentada, en su boca que olía á aguardiente y á tabaco... ¿Lo crecerán ustedes? Aquella noche dormí satisfecho de haber dado á esa pobre que quizá moriría al día siguiente, lo que nadie se hubiera atrevido á darle, lo que vale tan poco y lo que una perdida prefiere sin embargo al dinero. Es una de mis mejores limosnas aquel beso nocturno, en una calleja sombría, á una criatura huérfana de afectos y de amores!...

Londres comenzó á entristecerme; hacíame falta el sol, ver menos gente ¡se siente uno tan solo en sus calles á pesar de sus miles y miles de transeuntes! Diversas noches me acosté temprano, con algún libro, sin experimentar tentaciones por lo de afuera, un rumor poderoso que me llegaba debilitado, como trueno que se aleja. Si hubiera yo conocido alguna familia, me habría reconciliado con la ciudad; sus casas causan envidia vistas de lejos, adivínase que adentro la vida ha de ser dulce y tranquila, y yo no frecuenté ninguna; hube de conformarme con los museos, los hoteles, los teatros, los clubs y los cafés.

A la afamada Abadía de Westminster le consagré un día entero; parecióme soberbia y más que

nada simbólica; allí se corona á los reyes de Inglaterra y allí se les sepulta; tal circunstancia comunica al gótico edificio un tinte de solemnidad que me sumió en disquisiciones casi filosóficas. Detalle de importancia: posée un busto de Longfellow, el célebre poeta norte-americano.

En vísperas ya de salir para Francia, visité el Palacio de Cristal, que deslumbra á lo lejos y por dentro seduce. Otra tarde me la pasé en el Jardín Zoológico; visité algunos teatros más, pero me guardé muy bien de volver á entrar por las noches á las cantinas de *Piccadilly* y de las calles adyacentes. Lo que me entrenía, aunque con una fuerte dosis de amargura y de asco, era provocar á mi paso—lo mismo que cualquier masculino—las ofertas de las mujeres que por allí pululan á tales horas. Es inconcebible su número, la diversidad de tipos, de nacionalidades y de proposiciones. Las hay indiferentes como estátuas; tímidas como colegialas; tercas como hambrientas. Lo siguen á uno, se ayudan entre sí, llaman á los *cabs* con un pequeño silbido, hacen valer sus atractivos en las vidrieras iluminadas de las cigarrerías y de las casas de ostras, no se desaniman ante los empellones, desaires y malas palabras que recogen. Es una verdadera partida de lobas

que acechan, persiguen y no siempre triunfan; unas dan tentaciones, otras inspiran piedad y otras producen escalofríos. Son el regimiento de un vicio gigantesco; las plenipotenciarias del hambre; las predilectas de la ginebra, ginebra que en ocasiones es su solo alimento de veinticuatro horas! Antes de saberse la razón de la cosa, repugna semejante tolerancia de parte de Inglaterra, que presume y con justicia, de austeridad y pureza; pero la razón una vez sabida, la cosa entonces repugna más todavía. Las leyes inglesas no conocen ni admiten á la prostituta reglamentada, y por mucho que las tales mujeres con su nocturno *rodeo* desgarren la moral y la higiene, los policías no se alteran ni las perturban; las dejan formar corrillos, seguir á un hombre; escuchan retazos de contratos rápidos y brutales en una esquina, bajo un reverbero, junto al pedestal de una estátua, y, en caso necesario, las apoyan y las protegen; para la policía son *ladies* que salen á tomar el fresco y que tienen el derecho de saludar á sus amigos! A este respecto, el dueño de mi hotel me narró un chasco de que fué víctima un huésped suyo. Paseaba de noche por la calle del Regente, cuando se le acercó una mujer y colocándose á su lado lo acompañó varios

metros, desarrollándole teóricamente todo un programa de buen gobierno. Al individuo ó no le agradó la mujer ó vencería la tentación, y rehusó, rehusó con política primero, con mal humor después y con grosería al fin.

— Que no me da la gana, lárguese vd. !

A poco lo detiene un policía :

— Vd. acaba de insultar á una señora y le da vd. una satisfacción ó me acompaña á la comisaría.

— Hombre, habrá sido sin querer y le daré no una sino cuantas satisfacciones desée ¿ á dónde está ?

Y al encontrarse con la mujer en cuestión perdió los estribos, supuso mistificado al policía.

— ¿ Y á esto llama vd. una señora ? Repare vd...

Mas el otro permaneció firme : ó satisfacción ó comisaría, y mi hombre optó por la primera, furioso ; quitóse el sombrero y tuvo que pronunciar la frase de rigor :

— Señora, vd. perdone !!

En domingo llegué á Londres y en domingo lo abandoné, por la estación de San Pancracio, rumbo á Folkstone y á Boulogne-sur-Mer. Dos pasajeros quedamos solos en una berlina : yo y

un inglés que se presentó con varias maletas y un canasto de mimbres en las manos, que no permitía que tocara nadie. Echamos á andar, y como de costumbre, nos encerró el conductor del tren. Considerome el inglés por sobre su periódico desplegado, é inclinándose hacia el canasto, me dijo antes de abrirlo :

— ¿ Vd. me permite ?...

Supuse que iría á almorzar, que allí tendría sus provisiones y que por exceso de cortesía solicitaba mi venia.

— Es vd. muy dueño — le contesté.

Abrió y salió del cesto un perro precioso que se esperezó y se trepó á la banqueta, junto á su amo.

— No puedo estar sin él — agregó el inglés mientras lo cubría con su propio abrigo — y si los empleados de las aduanas ó de los ferrocarriles lo vieran, no lo dejarían viajar conmigo.

Y no volvió á dirigirme la palabra ; ni nos despedimos siquiera.

Ya embarcado, púseme á ver á Inglaterra ; á repasar mi quincena en Londres ; á ordenar mis impresiones y mis recuerdos. Resultó que lo más bello de Londres — y sin duda uno de los espectáculos más bellos que he contemplado en mi

vida — había sido la plaza de Trafalgar en un día de sol.

Un mareo espantoso en el canal de la Mancha. Un marinero me bajó casi cargado al salón, en donde se hallaban distintas víctimas del mismo mal. No supe sobre qué me acostaba ni si con los efectos del mareo perjudicaba propiedades ajenas; medio muerto, apenas me dí cuenta de que el buque paraba. Un grupo de señoras se acerca á donde yo estoy, siento que tiran trapos de bajo mi cabeza, oigo protestas y frases de cólera y prolongo mi inmovilidad hasta que el barco está desierto. Había yo echado á perder una docena de abrigos femeninos !

¿Por qué la vista de la tierra francesa me alegró como si viera yo algo mío? Ello es que el gendarme y los de la aduana y los ociosos y los letreros y el *restaurant* en que entré á restaurarme de veras, todo lo encontré conocido, amigo, simpático; y cuando un cargador le gritó á una vieja de cofia y báculo :

— *Eh, la mère, ôtez-vous de là* ! — yo experimenté algo interno muy agradable, algo que me repetía como una caricia :

— Anda tonto, ahora si es verdad, al fin estás en Francia !

Subí al tren, y para que acabara yo de convencerme de que estaba en Francia, ocupaban la berlina de al lado tres ó cuatro mujeres elegantes que reían, compraban provisiones, y, cuyos rostros, dentro del marco de los ventanillos, veíanse picarescos y lindos, sombreados por el sombrero de paja y por los velitos de viaje.

Frente á mi asiento estaba un pasajero que me habló español; era un cónsul noruego que volvía con licencia á su país, desde una remota república hispano-americana; explicábame los incidentes del camino, recordó el París de su tiempo, me mostró de lejos la catedral de Rouen y de repente me dijo:

— Puede vd. asomarse, este es París !

Y para mi coleto exclamé lo que d'Amicis al pisar Madrid :

— ¿Qué bien habré hecho en mi vida que Dios me permite conocer París?...